

CAPÍTULO VIII

HAZ LO QUE DEBES, SUCEDA LO QUE PUEDA

Don Mariano, el oficial de los dragones de la reina, y las dos hermanas se precipitaron fuera del salón, presas de un negro presentimiento.

Desde el patio de la hacienda, donde se agrupaban ya las gentes de la casa, la vista llegaba sin obstáculos hasta la cima de las colinas; y un doloroso espectáculo se ofreció á los ojos de todos.

En la extremidad superior del camino que conducía de la hacienda de Las Palmas á la del Valle, un caballo y su jinete, ambos en apariencia mortalmente heridos, yacían el uno al lado del otro; el hombre haciendo esfuerzos por levantarse sin poderlo conseguir, y el caballo en la más completa inmovilidad.

— ¡ Pronto ! exclamó don Mariano, que vayan por ese desgraciado en una litera para traerlo aquí.

— Querría que mis ojos se engañaran, — dijo el oficial, cuyo pálido rostro denotaba una profunda inquietud, — y no creer que ese pobre hombre es el viejo Rodríguez, el más antiguo de los servidores de mi padre.

La cabeza del herido estaba cubierta, en efecto, de cabellos canos.

— Ese nombre de Antonio Valdés, continuó don

Rafael, me recuerda no sé qué historia, vieja ya, de un castigo infligido á ese hombre; y ese recuerdo confuso hace nacer en mí un presentimiento horroroso. ¡ Se recuerdan tantas cosas en la guerra civil ! ¡ Ah ! Señor don Mariano, agregó tendiéndole la mano, ojalá que tanta dicha...

Rafael no pudo concluir; devorado por esa impaciencia que hace siempre correr al encuentro de la desgracia, el oficial sin poderse dominar, se lanzó hacia la puerta que se abría hacia el camino de las montañas, y precedió en el sendero á las gentes de la hacienda que ya se habían puesto en marcha con una litera.

Después de algunos instantes, don Rafael no dudó que aquel hombre fuese el que él llamaba Rodríguez; y cuando llegó cerca del herido, adquirió de ello la completa certidumbre; pero, aunque su corazón saltaba de impaciencia, le fué preciso reprimir por algunos instantes su ardiente curiosidad.

Agotado por la pérdida de sangre y por los esfuerzos que había hecho para levantarse, el viejo Rodríguez acababa de perder momentáneamente el conocimiento.

— Esperad, dijo el oficial á los hombres que se preparaban á ponerlo en la litera; este pobre diablo no podría soportar la fatiga del camino; toda su sangre brota por esta herida.

Tendido sobre el costado, el hombre dejaba ver en el vestido que le cubría una desgarradura manchada de sangre abierta por una bala entre los dos hombros.

Don Rafael había ganado sus dos galones en las guerras sangrientas con los indios salvajes del Norte y del Oeste. Había visto la muerte del soldado en todas sus fases, y las heridas más horribles. Su experiencia le puso en condiciones de prodigar los primeros auxilios al moribundo. Restañó fuertemente con su pañuelo el orificio de la herida, y la sangre cesó de correr al ser vendada con su cinturón de crespón de China; pero era evidente que, á pesar de sus cuidados, si el herido recobraba por un instante el conocimiento, no por ello su

suerte sería menos fatal. Por eso fué que antes de arriesgar la conducción del herido hasta la hacienda, trayecto en el cual podría el moribundo expirar, Don Rafael trató de reanimarlo.

Aquel hombre llevaba indudablemente un mensaje; y cualquiera que fuese, era de la mayor importancia que lo conociera el oficial.

Largo rato transcurrió sin que el infeliz abriese los ojos. Al fin una de las gentes de la hacienda que tenía una calabaza llena de aguardiente de caña, le frotó ligeramente las sienas, y le introdujo algunas gotas en la boca. El moribundo recobró entonces el conocimiento por algunos momentos.

Rodríguez abrió los ojos que cerró inmediatamente; los abrió de nuevo, y su primera mirada cayó sobre su joven amo.

— Rodríguez, dijo el oficial á sus oídos, hable si es que tiene alientos. ¿Qué hay?

— ¡Bendito sea Dios que lo pone en mi camino! respondió el herido cuando se aseguró de que hablaba al hijo de don Luis Tres Villas; la hacienda del Valle...

— ¿La han quemado?

El herido hizo un signo negativo.

— ¿La tienen sitiada?

— Sí, dijo Rodríguez.

— ¿Y mi padre? preguntó el oficial con dolorosa opresión de su alma.

— Vive. Es él... quien me envía allá... á casa de don Mariano... á pedir socorros... cuando perseguido yo mismo por los... insurgentes... una bala... Corra... si sucede una desgracia... es Antonio Valdés... ¿Oye Usted? ¡Antonio Valdés que se venga...! ¡Adiós...! Ruegue por el pobre viejo Rodríguez, que lo ha visto... cuando era niño...

El viejo mensajero no pudo decir otra palabra; y cayó desvanecido para no recobrar nunca más el conocimiento.

No llegó en la litera á la hacienda sino un cadáver ya casi frío.

— ¡Ah! ¡Si Costal estuviese allí! exclamó don Mariano, cuando don Rafael, dando ya la orden de que ensillaran pronto su caballo, le comunicó la triste noticia. — Pero esta mañana vino con Clara, un negro que no siento mucho, á despedirse de mí dimitiendo sus funciones de tigrero, y á anunciarme que los dos se iban á ofrecer sus servicios á Hidalgo, en calidad de guías. ¡Hola! continuó el hacendado, que venga el mayordomo.

El mayordomo llegó pocos instantes después.

Se equivocaría de medio á medio, quien se imaginara á este mayordomo con corbata blanca, peluca blanca, y un bastoncito en la mano. El hombre encargado de la vigilancia general de una hacienda, que á veces es tan extensa como uno de nuestros departamentos, debe ser un jinete infatigable, siempre á caballo, ó listo para montar.

El mayordomo se apeaba en el instante en que don Mariano le mandó llamar.

Era un mocetón de rostro bronceado, con botas y espuelas, cuyas enormes rodajas le obligaban á andar sobre las puntas de los pies. Su cabellera en desorden, le caía en largas guedejas negras sobre la nuca, parecida á la crin de los caballos semi-salvajes en que montaba diariamente.

— Déles orden á dos de mis vaqueros, Bocardó y Arroyo, de ensillar inmediatamente sus caballos para acompañar á don Rafael.

— Hace ocho horas que no veo ni á Arroyo ni á Bocardó, replicó el mayordomo.

— Usted los pondrá cuatro horas en el cepo á cada uno, cuando regresen.

— Dudo que regresen, señor don Mariano.

— ¿Se han juntado entonces con Valdés?

— Lo supongo, replicó el mayordomo; ese par de pícaros que Usted no debe sentir, ha de haberse largado á hacer guerrilla por su cuenta; ó más bien á merodear;

y creo que jamás regresarán. En cuanto á Sánchez, su Señoría sabe que está en cama medio quebrado por las patas del potro que cayó sobre él la primera vez que lo montó.

-- De modo, dijo el hacendado de mal humor, que de seis servidores que tenía ayer, no puedo poner á su disposición más que al mayordomo; porque ni hablo de esos brutos de los peones indios.

— Que se quede, dijo el oficial. Al cabo prefiero correr solo al auxilio de mi padre. Debe tener bastantes combatientes; pero quizá les falte un jefe.

Después de esta respuesta, el mayordomo fué despedido.

Mientras que ensillaban á toda prisa el caballo retinto del capitán de los dragones de la reina, las dos hermanas, Gertrudis y Marianita, se habían retirado al cuarto donde las encontramos por primera vez.

Preocupada por la noticia que creyó comprender de la desgracia que acababan de anunciar á don Rafael, y por la transacción de conciencia que hizo por complacerle, aplazando el momento de entregar su cabellera al filo de las tijeras, la joven criolla acababa de realizar ella misma aquel piadoso y doloroso sacrificio.

Con la cabeza cubierta con su chal de seda, su dulce y pálido rostro se mostraba aún adornado por dos negros rizos que eran lo único que quedaba de su espléndida cabellera. Consolaba á Marianita, cuyos ojos se hallaban bañados de lágrimas, mientras que los suyos brillaban con melancólica satisfacción.

— No llores, mi pobre Marianita, decía; si yo no hubiese tenido la culpable debilidad de consentir en aplazar el cumplimiento de mi voto, quizá esta desgracia no le pasaría. Ahora estoy tranquila acerca de su suerte. Cualquiera que sea el peligro que corra, Dios me devolverá á mi Rafael sano y salvo. Corre á decirle que lo espero aquí para decirle adiós; tráele aquí y quédate con nosotros. Te quedarás con nosotros, ¿oyes? Porque desconfío de mi debilidad... ¡No lo dejaría partir! Anda,

enjuga tus ojos, continuó abrazándola; y regresa pronto.

Marianita trató de sonreír, devolviendo á su hermana caricia por caricia; se pasó el pañuelo por sus húmedos ojos, y salió.

Gertrudis se quedó sola, y echó una mirada dolorosa sobre las dos largas trenzas que estaban sobre la mesa y que no volverían á enlazar con sus negros anillos el cuello de su amante; ya le habían estrechado una vez al menos; los labios de don Rafael las habían acariciado, y á este recuerdo, Gertrudis besó tiernamente aquellas dos reliquias de amor; después se arrodilló para recobrar en la oración sus fuerzas próximas á desfallecer.

La joven oraba aún, cuando, precedido de Marianita, don Rafael entró en el santuario de las dos jóvenes hermanas, en donde, á excepción de su padre, jamás hombre alguno había penetrado.

Una rápida ojeada indicó á don Rafael que el doloroso sacrificio estaba consumado. El dragón se puso tan pálido que más no podía ser.

Gertrudis se levantó y se sentó sobre uno de los sillones; Marianita tomó asiento en otro en un ángulo del cuarto: solo don Rafael quedó de pie.

— Venga acá, cerca de mí, don Rafael, dijo Gertrudis; arrodílese delante de mí... No... sólo en una rodilla... no se postran las dos rodillas sino ante Dios. Bueno, así.. sus manos en mis manos... sus ojos en mis ojos...

Don Rafael obedeció pasivamente estos dulces mandatos. ¿Qué más podía pedir que inclinarse así delante de la que amaba; estrechar sus delicadas y blancas manos entre las suyas nerviosas; aspirar á pleno pulmón, en los húmedos ojos de la joven, el amor?

— ¿Se acuerda Ud. de lo que me decía hace un momento, Rafael? « ¡Oh, Gertrudis! no hay amor capaz de recompensar tal sacrificio, y por bella que fuese, esta joven es ahora más bella que un arcángel á los ojos de su amante. » ¿Piensa Ud. siempre...? Bien, dijo ella, con adorable sonrisa, y poniendo la mano sobre los la-

bios de don Rafael... ¡Chut! Déjeme continuar. Sus ojos... qué hermosos ojos, mi Rafael... me dicen bastante que Ud. lo piensa siempre, sin que su boca me lo afirme.

Estos cándidos y tiernos homenajes tributados á la belleza de un amante, parecerán sin duda muy atrevidos á las mujeres que desean hacer creer que no se prendan sino de los encantos del espíritu ó de las cualidades del corazón. No discutiremos este punto. Narradores fieles, debemos pintar en toda su exaltación el amor de una joven criolla con sus ardores ingenuos, y sus llamas inflamadas por el sol de los trópicos.

Ya tranquilizada del temor de parecer menos bella á los ojos del que amaba, continuó la joven:

— No me diga que Ud. me ama más, Rafael; es para mí demasiado dulce creer que su amor no puede aumentar... Sin embargo... Aquí la voz de Gertrudis tembló, sus ojos se humedecieron... Sin embargo vamos á separarnos... Yo no sé... cuando se ama se teme siempre... Lleve una de estas trenzas que habría tenido tanta dicha de adornar con flores para Ud. Ella le recordará... suceda lo que suceda... que Ud. jamás debe dejar de amar á una pobre muchacha cuya ternura no ha podido encontrar nada más precioso que ofrecer á Dios á cambio de su vida... Ya he dicho por qué no he ofrecido la mía. Conservo la otra trenza como un talismán... ¡Oh! es espantoso lo que voy á decirle... Si algún día deja Ud. de amarme... lo que sabré, sin duda alguna, júreme por su honor que cualquiera que sea el lugar en que Ud. se encuentre, cualquiera que sea su posición, si quiero verlo una vez más, Ud. obedecerá el misterioso mensaje que le llevará esta trenza. Este mensaje querrá decir: « La mujer que le envía esta prenda, no ignora que Ud. no la ama ya; pero no ha podido, á pesar de todos sus esfuerzos, arrancar el amor de su corazón; y quiere verlo todavía una vez más de rodillas como ahora. »

— Lo juro, exclamó don Rafael; aunque yo tuviera el puñal suspendido sobre mi más mortal enemigo, mi

mano se quedará suspensa sin descargar el golpe, por seguir á su mensajero.

— ¡Su juramento queda escrito en el cielo! exclamó Gertrudis. Ahora el tiempo urge. Lleve también este tapasol que he bordado para Ud. Cada hilo de seda que forma el bordado le recordará un pensamiento, una oración, ó un suspiro de que Ud. ha sido el objeto. Adiós, mi Rafael bien amado; parta, ¡quizás las horas de su padre están contadas! ¿Qué vale una amante ante un padre?

— Sí, es verdad, debo partir, replicó el oficial; y sin embargo se quedaba de rodillas á los pies de Gertrudis. El tiempo transcurría; y así como en el océano la ola sucede eternamente á la ola, así los adioses se sucedían á los adioses, y don Rafael no partía.

— ¡Pero dile que se vaya, Marianita! exclamó Gertrudis con voz desfalleciente; ¿no ves que yo no tengo valor para decírselo?

Don Rafael se levantó al fin después de un último adiós.

— Que sus labios estrechen los labios de su novia, dijo la joven, inclinando la cabeza hacia don Rafael — y que sea ésta la prenda...

Bajo la presión ardiente de los labios del joven oficial, su voz murió y falta de fuerzas, dejó caer su cabeza sobre el respaldo del sillón, próxima á desfallecer, á la vez de dolor y de dicha.

Cuando volvió en sí, don Rafael había partido.

Los últimos rayos del sol doraban la cima de las colinas cuando él las franqueó. Para reponer el tiempo perdido, lanzó impetuosamente á su caballo que descendió la bajada opuesta casi al galope con aquel ronco relinchar característico en él desde la operación que le hiciera sufrir el muletero.

Cuando hubo llegado al nivel de la llanura, don Rafael aguzó el oído. Esperaba oír los gritos de los combatientes, el tumulto de un sitio; pero el más profundo, el más triste silencio reinaba en el valle.

Sombria la frente y palpitante el corazón, el oficial continuó su marcha con su mosquete en la mano. Siempre el mismo silencio : ni un grito en aquella soledad, ni el resplandor de un fusil en la sombra crepuscular.

Todo parecía dormir el sueño de la muerte. Nunca había ido don Rafael á la mansión paterna. Por un instante creyó haberse equivocado de camino, aunque los lugares eran como se los habían descrito : una alameda bordada de fresnos y súchiles y la hacienda del Valle en su extremo.

Su caballo franqueó como una flecha toda la longitud de la avenida.

Un vasto edificio se levantaba ante él desierto y silencioso como una tumba ; la puerta se hallaba medio cerrada.

De repente el caballo dió un violento reparo. En la obscuridad, ó mejor dicho en el trastorno de sus ideas, don Rafael no había visto el objeto que asustaba al animal : era un cadáver.

La cabeza faltaba al cuerpo inanimado. A este horrible espectáculo el oficial exhaló un grito solamente contestado por los ecos. Llegaba demasiado tarde ; todo estaba consumado. La rabia, la desesperación, todas las pasiones furiosas que desgarran al corazón del hombre se habían condensado en aquel terrible grito.

La cabeza del cadáver se hallaba suspendida de los cabellos, de uno de los postigos entreabiertos de la puerta ; y no estaban tan desfiguradas sus facciones para que don Rafael dejara de reconocer en ellas las de su padre. A pesar de su repugnancia forzó al caballo á aproximarse.

Con las venas de la frente hinchadas, y los ojos empañados, miró de nuevo.

Sí, aquella era la espantosa realidad. El español había sido víctima de los insurgentes que no habían respetado su inofensiva ancianidad. Los autores del crimen se enorgullecían de él. Por debajo se hallaban escritos dos nombres con yeso :

Arroyo, Antonio Valdés, leyó el oficial con voz ronca. Y su cabeza se inclinó sobre su pecho en actitud meditada. Luego, en respuesta á su secreto pensamiento, la levantó bien alta y exclamó con voz que estrangulaban agudas emociones :

— ¿Pero dónde hallarlas, cómo tenerlas, estas dos cabezas que necesito clavar en el lugar de ésta ?

— Tomando partido y haciendo causa por España — respondió esa segunda voz interior que el hombre oye con frecuencia dialogar con la primera.

— ¡ Viva entonces España ! — exclamó el dragón con voz estentórea. ¿ Podrá un hijo combatir bajo la misma bandera que los asesinos de su padre ?

El dragón se apeó del caballo y se arrodilló piadosamente :

— ¡ Cabeza venerable y querida — dijo — juro sobre vuestros blancos cabellos manchados de sangre, dedicar todos mis esfuerzos para sofocar en su cuna, por el hierro y por el fuego, esta *insurrección maldita* uno de cuyos primeros actos os ha costado la vida ! ¡ Dios me ayude !

En seguida, al murmurio de la voz interior del amor que le repetía muy bajo estas palabras de su bella amada :

— ¡ Que todos cuantos levanten el brazo en favor de España, sean marcados de vergüenza y de infamia ; que no encuentren un techo que los acoja ni una mujer que les sonría ! ¡ Que el desprecio de los que aman, sea la recompensa de los traidores á su patria !

Otra voz, la del deber, respondió :

— ¡ Haz lo que debes, suceda lo que pueda !

Cerca del mutilado cadáver de su padre, el hijo no escuchó sino la última....

La luna estaba bien alta cuando don Rafael concluyó la penosa tarea de abrir una fosa. Allí tendió respetuosamente el cuerpo y la cabeza.

En seguida, sacando de su pecho la larga trenza de los cabellos de Gertrudis, y quitando de sus hombros el blanco tapasol bordado por sus manos, depositó no

menos piadosamente estas dos prendas de amor al lado de los restos venerandos de su padre.

Entonces, con sus manos convulsas, arrojó á la fosa la tierra amontonada á su alrededor. Acababa de sepultar en la misma tumba sus más caras esperanzas.

No fué sino con honda pena que él se apartó de aquel lugar doblemente consagrado por la piedad filial y por el amor. En fin, montando bruscamente á caballo con el corazón hecho pedazos por el dolor, se lanzó al galope en dirección de Oaxaca.

SEGUNDA PARTE

EL FAROL DEL PUENTE DE HORNOS

CAPÍTULO PRIMERO

EL CURA DE CARÁCUARO

Más de un año después de su primera explosión, es decir, á fines de 1811, no era la insurrección mexicana, sino como uno de esos incendios que estallan de repente en medio de las llanuras inmensas ó de los vastos bosques de América y cuyo foco aísla la mano del hombre. En vano las llamas brotaban por todas partes en busca de alimento que devorar: el vacío se hacía á su alrededor. Muy pronto el crujido de los grandes árboles ó el chisporroteo de la maleza se extingue; y todo se abisma bajo la nube de humo que se eleva del montón de cenizas negras.

Tal había sido la insurrección suscitada por el padre Hidalgo. Desde el pueblecillo de Dolores, se propagó con rapidez de uno á otro extremo del reino de Nueva España; pero bien pronto los jefes, el mismo Hidalgo á la cabeza, fueron presos y fusilados. Estrechada gradualmente por las tropas españolas y por los esfuerzos del